

LIBRERIA CENTRAL

CAPITULO XVI.

Hanson había aceptado una habitación en casa de Shechem, que cada día le tenía mas afecto, tanto por sus cualidades personales, cuanto por ser amigo de Teodoro. Eva le miraba con igual estimación: los primeros cuidados de este jóven sensible tuvieron por objeto el volver á hallar á Elisa; pero esta desgraciada se ocultaba de todas las diligencias de la naturaleza, de la amistad y del amor.

Eduardo, que balanceaba hacia ya mucho tiempo entre la preocu-

(217)

pacion y su inclinacion por Sofía Hanson, viendo que su hermano la había asegurado, lo mismo que á la otra hermana, un dote considerable, y temiendo se la quitase algun hombre menos escrupuloso en la desigualdad de los enlaces, tomó al momento su partido, y ofreció su mano á esta jóven, que tambien le amaba mucho para no ceder á sus deseos.

Hanson hizo intimar al mismo tiempo al page Cyphon que declarase dónde estaba Elisa: mas este, contando con las medidas que había tomado, respondió que el hermano de Elisa había muerto, y que el individuo que se anunciaba como tal, no podia ser sino un impostor.

A pesar de la arrogancia de es-

ta respuesta, el padre de Teodoro estaba muy tranquilo: todo lo que habia hecho para satisfacer su cruel ambicion, habia acabado por hacerle completamente miserable, por tomar horror á sus vasallos, á sus vecinos, á todos aquellos cuyos nombres habian llegado á sus oidos: sin cesar en las angustias del orgullo humillado, reflexionando que su hijo, en quien habia fundado la esperanza del lustre y fama de su familia, perseguido por las leyes como un asesino, estaba en visperas de sufrir un suplicio infamante y de cubrir su nombre de un eterno oprobio: lleno de disgustos, y furioso, viendo malograrse todas las medidas que tomaba para asegurarse de su perso-

na, y hacerle encerrar como frenético, á pesar del dinero que prodigaba á los agentes de toda especie, y aunque los tuviese entre los dependientes de justicia: privado del goce de los bienes y del título de su hermano, primero y único móvil de su conducta, estando estos bienes en secuestro y disputados mientras que el heredero legítimo, es decir, su propio hijo, viviese: destrozado en fin por sus terribles pensamientos y sus penas, sin que ninguna idea consoladora reanimase sus espíritus abatidos: tal era la situación del padre de Teodoro.

Hanson no habia podido ver la hija de Shechem sin admirar las gracias de su persona, y las cua-

lidades de su alma, aun mas seductoras; pero respetando su profunda adhesion por Teodoro, y ocupado de cuidados mui serios para abrir su corazon al amor, queria á Eva como á una de sus hermanas, y ella le tenia la misma inclinacion.

Un dia, mientras se hallaban juntos hablando de Teodoro, un hombre que tenia el aire de un comisionado, llegó á preguntar por Bensadí ó su hija. Eva, creyendo se trataba de hacer una accion benéfica, se apresuró á bajar para hablar al incógnito.

«Señora, la dice, ¿sois la hija de Shechem Bensadí?

— Sí, amiguito, ¿por qué lo preguntais?

— La persona que me envia me ha encargado mui particularmente que no me dirija sino á vos ó á vuestro padre.

— ¿De parte de quién venis?

— Este papel os lo dirá, y á mas teneis aqui un billete de cinco libras esterlinas que se me deben contar, segun se me ha prometido, luego que hubiese llenado mi comision.»

Era un billete firmado por Teodoro Cyphon.

«¡Teodoro! exclamó Eva toda temblando de temor y alegría: ¿á dónde está? ¿dónde le habeis visto?»

El comisionado sacudió la cabeza: ¡Ah Miss! os veo tan turba-

da, que no tengo valor para responderos.

— ¡Cielos! ¿está preso? decidme, mi amigo, encarecidamente os lo suplico: ¿está preso?

— Sí, se halla en una prision; pero si supiese hasta qué punto interesa á una señora tan amable, no se abandonaria tanto al conflicto y á la desesperacion.»

Eva, demasiado conmovida para poner atencion en este cumplimiento, dijo al comisionado que bajase á la cocina para esperar allí que volviese su padre, y fue á buscar á Hanson: este procuró calmar su turbacion, preparándola desde luego á recibir con espíritu las noticias dolorosas que suponía contendria la carta de Teodoro.

Shechem volvió, le afligió mucho la prision de Teodoro, y juró hacer cuanto pudiese por salvar á su jóven amigo: despues de haber pagado el dinero del billete que llevaba el comisionado, dijo á Hanson que leyese la carta de aquel desgraciado, y se sentó á el lado de su hija, que se anegaba en lágrimas.

////////////////////

CAPITULO XVII.

—o—o—o—

Continuacion de las aventuras de Ceodoro Cyphon.

La ignorancia es mui frecuentemente un beneficio del cielo : el hombre sin prevision conserva su seguridad hasta que la desgracia que no puede evitar , cae sobre él y le sacrifica. ¡O vosotros que conocéis el origen de mis infortunios! voi á trazaros la imágen de un desgraciado á quien habeis honrado con el nombre de vuestro a-

(225)

migo : en este mismo momento en que mis males han llegado á su colmo, en que, cansado de sufrir, y aborreciendo la vida , no espero mas de los hombres que un acto riguroso de justicia , me consuela el dulce placer de pensar que el sensible Bensadí y su interesante hija concederán á mi memoria algunas lágrimas de piedad.

Despues de haber dejado el asilo que tan generosamente me habiais dispensado, me era ya indiferente cualquiera otro sobre la tierra : vuestras bondades me habian suministrado los medios de estar oculto; ¿pero para qué necesitaba yo vivir si habia de vivir sin mi Elisa? Yo formé, pues, el proyecto de volver á hacer mis in-

vestigaciones , con la intencion de poner fin yo mismo , si eran inútiles , á mi miserable existencia.

Compré un traje de marinero, y á favor de este disfraz me aventuré á recorrer las calles de Lóndres en pleno dia sin haber decidido por dónde empezaria mis pasos. Sobrevino la noche, y mi irresolucion duraba aun: me detuve en el puente de Lóndres contemplando al Támesis cubierto de un monte de árboles, cuando de repente me vi rodeado de ocho á diez marineros armados de unos palos gruesos que me rodearon, me ataron á pesar de mi resistencia, y me arrastraron á bordo de un buque destinado á recibir los

desgraciados que se reclutan á mano armada para equipar los navios de S. M. Británica.

Los dos primeros dias me tuvieron encadenado; pero como yo habia tomado el partido de disimular y parecer resignado con mi suerte, fui tratado con menos dureza y enviado á bordo de una fragata estacionada en Chatam. Muchos libros elogian la noble franqueza, la generosidad y la bondad de alma de nuestros marinós; pero en esto sucede como en las descripciones que nos hacen los poetas de los encantos de la aldea, de la sencillez, de la inocencia y de la felicidad de sus habitantes: estas dulces ilusiones no resisten á la esperiencia. ¡ Ah! en todas partes

se encuentra al hombre, no acaso igualmente corrompido.... pero siempre es el hombre; es decir, el humilde esclavo de las pasiones: ó viles, ó hurraños y feroces.

Teniendo la fragata su equipaje completo, pasó á Nore, donde echó el áncora hasta la llegada del capitan. En esta posicion creí ver la posibilidad de ganar la orilla á nado: la noche siguiente me tocó el turno de guardia, y aproveché esta ocasion para echarme al mar, dejándome resbalar de un cable para hacer el menor ruido posible: reinaba al rededor de mí la mayor calma, las olas estaban tranquilas, me fui nadando ligeramente sobre su superficie, y llegué á la costa de Shermes, cerca

de la embocadura del Támesis.

Despues de haber descansado un momento, conocí la necesidad de ganar, antes que viniese el dia, la otra orilla del mar, en atencion á que no podia menos de ser descubierta mui pronto mi fuga: me puse en marcha sin saber cómo hacer esta travesía: vi felizmente un barco amarrado á la orilla, en el que habia un hombre y un niño: al principio se resistieron á conducirme al otro lado, juzgando por mi trage que seria un marinero escapado de algun navío: como yo habia tenido la fortuna de conservar mi dinero, les ofrecí una buena recompensa, y no se resistieron mas; y pasándome al momento sobre la costa de Essex, me di-

rigí á lo interior sin perder momento para hallarme al amanecer lejos de aquellas personas que se habrían enviado en mi persecucion.

Cambié el traje de marinero por el vestido de un paisano, y seguí el camino real con un palo grueso en la mano. Había ya hecho cerca de nueve millas, cuando vi detras de mí cuatro hombres de mala traza que doblaban el paso por alcanzarme: no dudando que yo fuese el objeto de su diligencia, me pareció que convenia disimular lo posible y hacerles buena cara; y sin disminuir ni acelerar mi paso, seguí mi camino cantando con voz fuerte y firme un aire escocés, imitando

cuanto podia el acento y el tono montañés.

«Ola, camarada, me gritó uno de los cuatro hombres, ¿no has visto pasar un tuno con vestido azul y pantalon de lienzo?

— Un tuno, respondí yo sencillamente, no, no le he visto: ¿qué aire tiene?

— Es un hombre jóven, de buena fisonomía, que se ha escapado de las colonias, á donde habia sido enviado por sus buenas acciones, y le buscamos para colgarle.

— ¡Ola!!! ¿Sabeis dónde está?

— ¡Bella pregunta, por cierto! Si lo supiéramos seria bien pronto despachado.

— Dejad á ese imbécil, dijo otro:

todo eso es tiempo perdido: vamos adelante.»

Se alejaron á buen paso, y uno de ellos corriendo se dejó caer del bolsillo un papel, que recogí luego que los perdí de vista: el primer párrafo que se ofreció á mi vista, fue el siguiente:

«Se presume que el famoso Teodoro Cyphon, que ha asesinado á el lord D...., su tío, ha dejado la Inglaterra, habiendo sido infructuosas hasta aquí todas las diligencias que se han practicado para coger á este culpable: tiene mucha semejanza con Ned-Harpoon, tan conocido por ladrón de caminos: no le es inferior en travesura para evadirse de todas las investigaciones; pues que se ha

quedado muchas semanas en las inmediaciones del palacio de su tío, después de haberle asesinado; sin que jamás se le haya podido prender.» Señalado así en mi patria como un infame asesino, no pudiendo ya ver en cada uno de mis semejantes sino un enemigo dispuesto á entregarme al verdugo, frustrando para siempre el consuelo de aquella seguridad que da algún precio á la vida, ¿no debía yo desear la muerte? ¡Ah! sin duda, no me quedaba otro recurso para escapar al exceso de mis males; pero aun tenía una débil esperanza de volver á encontrar á Elisa: me interesaba no tener duda sobre su suerte: si ella existiese, mi deber era vivir para ella;

(234)

si no viviese ya,... la justicia pública reclamaba una víctima: mi partido estaba tomado, iba á ofrecerla yo mismo.

FIN DEL TOMO XI,

GALERIA FUNEBRE

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO XII.

TOMO XII

MADRID, Noviembre 1851.

Imprenta de D. J. Paredes, calle del Puerto